

NOCIONES

sobre usos y costumbres de los catíos en el Departamento de Antioquia

Entre las muchas particularidades que ofrece el estudio de las costumbres, usos y creencias de la raza catía, descuella en primer término el jaibanismo.

La etimología de la palabra jaibaná es así: **Jai**—**achaque**—**Paná**, conjunto, reunión (derivado de **capaná**, manada). De modo que puede traducirse: conjunto o reunión de enfermedades. La acepción que le dan es **doctor** o **médico**. Hay que advertir que la **p** y la **b** tienen, en muchos casos, un mismo uso en la lengua catía. La palabra **paná** no tiene traducción aisladamente. Ya en frase, como he dicho, traduce por conjunto, reunión, compañía, y es lo mismo decir **paná** que **baná**.

Consiste el jaibanismo en un sistema de ceremonias que constituyen un rito, hechas por el jaibaná. Este puede ser hombre o mujer, aunque mujeres hay pocas que se dedican a esto.

La acción del jaibaná se extiende a todo, como lo veremos más adelante. En su persona no tiene ningún distintivo, a no ser, en los hombres, un pequeño bastón, diferente en algo a las varitas que generalmente acostumbra los otros. Este bastón consiste en un tronquito de macana terso, cuyo mango es algunas veces una cara tosca, labrada en la misma macana, o la figura de un mango de espada.

Esta vara o bastón participa de los mismos privilegios de los **santos**, jais, o muñecos, como llaman ellos a unas figuras de madera, a las cuales tributan un culto especial, como veremos.

Pero empecemos la historia del jaibaná desde los primeros pasos de su carrera.

Muchas veces, desde antes de nacer, reciben, en la persona de su madre, muchas ceremonias, como especie de consagración, que hace algún jaibaná al aún no nacido, para que éste, si quiere decidirse a ser jaibaná cuando sea grandecito, salga **jaibaná ara**, como dicen ellos, es decir, buen jaibaná o jaibaná fino.

Hay muchos a quienes no se les espera la determinación de serlo, sino que empiezan a darles enseñanza cuando el niño apenas empieza a darse cuenta de la vida. Sigue recibiendo periódicamente las funestas ense-

ñanzas, que son siempre nocturnas y de las cuales se dará noticia en otra relación.

A cierta edad indicada por el jaibaná enseñante, recibe el enseñado sus grados de Doctor. Esta ceremonia, aunque es la más íntima, fué presenciada por varias Hermanas y un sacerdote, quienes, por circunstancias especiales, pudieron tener cabida allá. También ésta será referida a su tiempo.

El jaibaná ya en posesión de su arte, que bien puede llamarse diabólico, pues ya no nos queda duda de que es un pacto, trato e intimidad con el demonio, da principio al arreglo del **chimiá. egó barí** (altar) que es lo que minuciosamente vamos a estudiar ahora. En un extremo de la habitación indígena (que tiene la figura de un gran kiosko), hay, en un lugar hecho exprofeso y que se caracteriza por un levantamiento y dilatamiento del techo para formar una especie de lugar principal, hay, digo, una camita formada de varas delgadas y sobre ellas más o menos, según la capacidad jaibanística del propietario, los objetos siguientes: un espejo cuadrado, enmarcado en madera por ellos mismos, de un tamaño vario entre diez o veinte centímetros de largo por cinco o diez de ancho.

Este espejo desempeña un papel principalísimo en las curaciones, y ocupa un lugar importante en el **chimiá egó barí** pero no es el objeto sobresaliente. El principalísimo y sin el cual el jaibaná es cosa nula, es un bastón distinto del primero, no en su forma externa sino en el poder de que lo creen investido.

Todas las noches lo toma el jaibaná del **chimiá egó barí** y lo pone junto a sí para dormir en su compañía. Este bastón se llama **anyí jai ara**. Los otros objetos son: unos muñecos de madera, toscamente labrados y varios pequeños de macana, en número correspondiente a las enfermedades que saben curar, pues cada enfermedad tiene su patrón o encargado a quien llaman **jai ñaña**.

Además hay cierto número de botellas y frascos de colores determinados, cada uno de los cuales, desempeña en la curación su papel.

Igualando en dignidad y oficio al espejo está la cruz, que es una tabla pequeña, de madera labrada a machete, dibujada con colores negros y rojos. Los diversos colores consisten en imitaciones de pájaros y mu-

ñecos, de figuras extravagantes, simétricamente colocados.

Debe haber en cada **chimiá egó barí** una tabla de éstas, pero puede haber varias, y esto es de gran prestigio para el jaibaná.

Para terminar la descripción del **chimiá egó barí** diré que cada cierto tiempo, el jaibaná, obedeciendo a ciertos sueños, de que en adelante hablaré, proporciona a sus jais una comida que ha de ser dispuesta y preparada tal como la soñó, y en la cual no puede faltar un poco de agua panela, distribuída en unas totumitas colocadas al frente de cada jai. Ahí permanece cierto tiempo, entre tres y ocho días. Después quitan de ahí los comestibles y se los come el jaibaná, a excepción de la agua panela que deben botarla a una corriente de agua.

Sigamos con los jaibanáes: El jaibaná no sólo cura sino que **embruja** como dicen ellos. De aquí que los que no son jaibanáes tengan a éstos un miedo espantoso. Un jaibaná no le tiene miedo a otro de su profesión, pues cada uno se cree inexpugnable. Un jaibaná joven no es buen curador, ni puede embrujar porque la edad influye mucho en eso. Cuanto más viejo sea, más fácilmente cura, y embruja a diestra y siniestra, sin quedar burlados, según ellos creen. Si por ejemplo, alguno le niega al jaibaná un favor, o le molesta en algo, o tienen entre sí, o con su familia algún disgustillo, a la mejor del tiempo se encuentran embrujados, sea súbitamente, o sea después de algún tiempo.

Ya sea sugestión, ya intervención del demonio, o lo que fuere (que esto no me toca analizarlo a mí, ni sabría hacerlo), el hecho es que hemos visto muchos casos y nos han referido muchos, en que familias enteras sean víctimas de un jaibaná.

En cuanto a las curaciones también las hemos visto prodigiosas, y muy repentinas. Estas son muy numerosas.

Voy a exponer en seguida los modos que usan para embrujar y desembrujar y los procedimientos de algunas curaciones.

Para embrujar, muchas veces basta una mirada fija y persistente del jaibaná a la persona a quien quiere perjudicar. (A otro indio, se entiende, pues solamente entre sí reconocen valor a sus funciones).

Otras veces el jaibaná le da de comer o beber, o extiende hacia él el bastón o la mano, le tira a la cara menudos salivazos, le da palmaditas amigables en la espalda u hombro, o bien, con sólo el hecho de quererlos embrujar quedan embrujados. Este último caso lo usan los jaibanáes que saben su arte mucho, y que son muy viejos. El jaibaná procura hacer esas pantomimas sin que lo note el perjudicado.

Cuando ataca a los indios alguna enfermedad, súbitamente, dicen que están embrujados y señalan de quién han recibido el perjuicio. Sueñan persistentemente con un jaibaná determinado, y que éste los mira con mirada torva, o que los asecha con lanzas y escopetas y de ahí toman pie para creer que el Doctor con quien sueñan es el mismo que los ha embrujado.

Sucede también que, para persuadirse más de quién sea el embrujador, buscan otro jaibaná para que, también por medio de sueños, les descubra quién es el que les ha hecho el mal, y aseguran que corresponde el con quien sueña el jaibaná, al con quien sueña el embrujado.

Aquí tengo que abrir un paréntesis para hablar algo de los sueños, pues en ellos se basa toda la trama del jaibanismo, y así es preciso darlos a conocer, para mejor darse cuenta de las operaciones del jaibaná.

Tan pronto como un jaibaná recibe el doctorado se le entrega la vara o bastón principal, del cual he hablado, y con él el poder de soñar. Todas las noches, quiera que no, sueña el jaibaná con cosas relativas a su oficio. En el sueño hay invariablemente una persona que les habla y les enseña y a la cual ellos le preguntan sus dudas.

Generalmente sueñan que ven una multitud de indios y toda clase de personas y animales de distintas figuras, muchas especies de yerbas y mil cosas más. De entre esa multitud sale la persona con quien hablan, que según ellos dicen, es su Patrón o jai, al cual tienen representado por la vara principal.

Si ven en el sueño, por ejemplo, que un animal se está comiendo un indio, deducen de ahí que algún jaibaná está embrujando o también comiéndole el alma. El indio a quien el jaibaná le ha comido el alma no tiene cura, y desde que sueñan así de un enfermo a quien recetan, lo deshaucian. Si el alma está solamente escon-

dida sí entran en curación. Hasta aquí de los sueños. Ya tendremos ocasión, seguramente, de ocuparnos de ellos más adelante.

No solamente a las personas, sino a las habitaciones, árboles y lugares, se extiende el poder del jaibaná o brujo.

Cuando llega a conocimiento de los indios, que hubo un embrujamiento de las cosas arriba mencionadas, si es una habitación la abandonan, y no sólo eso, sino que la queman. Si es un lugar, evitan pasar por él, y si es un árbol, no comen de sus frutos. Esto así porque creen que si viven en una habitación embrujada, la muerte acaba pronto con sus habitantes, y que, pasando por un lugar embrujado, contraen enfermedades, y comiendo frutos de árboles también embrujados, desde la primera fruta o parte de ella que se coman, empiezan a sentir la enfermedad que pronto los llevará a la tumba.

El embrujamiento de los lugares y árboles es semejante al de las personas, haciéndoles a aquéllos los que les son más apropiados según su calidad de cosas. Los lugares también pueden ser desembrujados por algún Doctor. No hemos visto de éstos. De personas y cosas sí.

A continuación va el desembrujamiento de una habitación.

El encargado de hacerla soñó que toda la familia de dicha casa estaba enferma a consecuencia de los muchos **ninduburú** (animales, diablos) que cierto jaibaná había introducido allá.

Su Patrón o jai le dijo que hiciera vestir dos indias jóvenes con **jampuríes** rojos y **amburáes** azules oscuros (jampurí es el vestido que usan las mujeres de la cintura para abajo. Consiste en tres varas de tela envuelta fuertemente en derredor. El ancho les llega a la rodilla. **Burubá** es el manto o paruma que suelen echarse encima, con elegancia única por cierto.

Las indias dichas habían de estar con muchos collares y espejos, los dientes muy negros, y esmeradamente pintadas de guija y jagua. (La guija es una pasta roja de achote y grasa compuesta por ellos mismos. Con ella se pintan. La jagua es una especie de tinta sacada de una fruta que lleva este mismo nombre.

Rda. M. Laura Montoya

(Continuará).